

# *Del sacrificio a la derrota. Historia del conflicto vasco a través de las emociones de los militantes de ETA,* de Nicolás Buckley\*

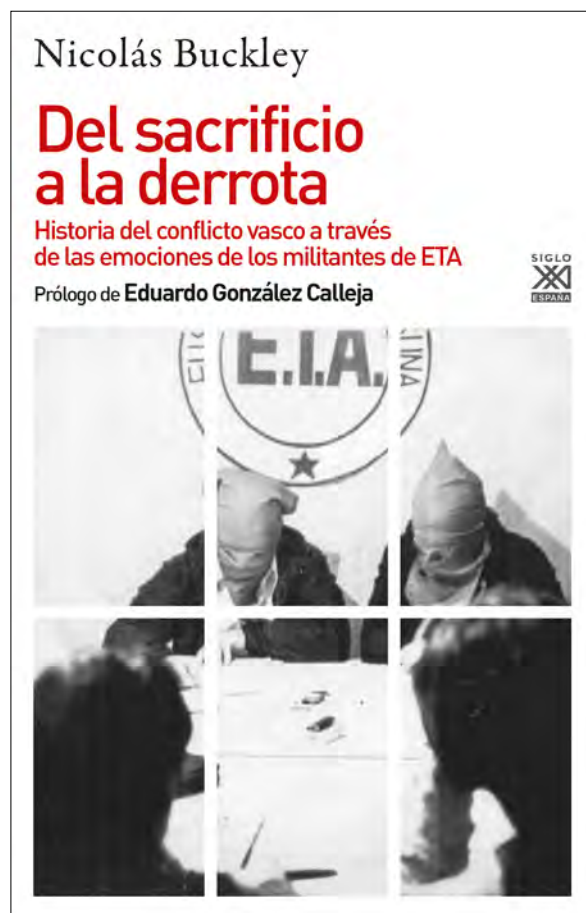
Héctor González Pérez

*Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias*

A modo de resumen de su tesis doctoral, Buckley publica un interesante y breve libro —apenas 220 páginas de contenido— sobre ETA y la izquierda abertzale, aunque más por sus propuestas de investigación y los caminos que abre que por los resultados alcanzados.

La propuesta del texto es todo un acto de valentía: el autor recurre a antiguos —y no tan antiguos— militantes de ETA, todos con años de cárcel a sus espaldas, para explicar la historia de la organización a través de su trayectoria, motivaciones y sentimientos respecto a su vida y militancia. Sin embargo los entrevistados no pertenecen necesariamente al grupo de etarras *arrepentidos*, por lo que tanto los testimonios como el desarrollo del libro se alejan de los lugares comunes frecuentados al abordar esta temática, tales como la presentación reduccionista de la actividad armada o la simplificación caricaturada de los militantes de ETA como una especie de psicópatas o de descerebrados y engañados. Esta característica tiene doble mérito puesto que Buckley es un politólogo madrileño sin vin-

\* Reseña de: Nicolás Buckley, *Del sacrificio a la derrota. Historia del conflicto vasco a través de las emociones de los militantes de ETA*, Madrid, Siglo XXI, 2020.



culo alguno con el País Vasco, la izquierda abertzale o ETA.

Los primeros capítulos del texto sitúan al lector en los conceptos clave de la investigación: el nacionalismo, sobre todo el

vasco, la actividad armada en la Europa occidental y la conformación de la izquierda abertzale, sus principios, ideología y valores. No obstante, el grueso de la narración se conduce a través de la historia de vida de seis militantes de ETA. Cada uno de ellos es protagonista de un capítulo que trata un periodo diferente de la organización, desde el tardofranquismo hasta el cese definitivo de la violencia, en el año 2011.

En los dos primeros capítulos del texto, y aún en el tercero, Buckley muestra los principales aciertos y potenciales de su investigación. En ellos rompe con los enfoques dicotómicos sobre la militancia armada, huyendo de planteamientos hagiográficos o que reduzcan a ETA a lo sanguinario, analizándola como una parte del movimiento social abertzale y poniendo de manifiesto la necesidad de comprender la interpretación de la realidad y las motivaciones de sus militantes. Conecta además los conceptos generales con el caso vasco, generando un hilo conductor que va desde lo global hasta las motivaciones e interpretaciones personales.

Otro valor a tener en cuenta es su interés en mostrar cómo la organización fue capaz de canalizar el descontento imperante en el País Vasco con el franquismo y de generar un movimiento social al calor de la nueva industrialización y de la simbiosis con la nueva clase trabajadora que se formaba en los años 60. Sin embargo este proceder no se completa con un análisis de cómo y por qué el mundo abertzale y ETA fueron perdiendo el arraigo anterior para ir viéndose paulatinamente marginados en las décadas siguientes, reduciendo la cuestión al mero triunfo del neoliberalismo, sin entrar en detalles.

La obra también refiere algunas cuestiones interesantes al respecto de cómo la cultura militante de la organización hereda y capitaliza en sus inicios la memoria del

*gudari* de la guerra civil, propiedad exclusiva hasta ese momento del PNV. Esta interesante cuestión no es más que apuntada, ya que Buckley se refiere a ella en varios puntos del libro dándola por tratada, cosa que sin embargo no sucede. Algo similar ocurre con los hitos relacionados con el Proceso de Burgos y el atentado a Carrero Blanco, momentos que el autor señala como fundamentales para entender el éxito de ETA, pero que luego no son desarrollados, por ejemplo, en las entrevistas a los militantes.

Por otro lado el texto adolece de asumir acríticamente algunos lugares comunes de la izquierda abertzale. A saber: que las huelgas desarrolladas en el País Vasco bajo el franquismo se caracterizaban por una represión específica, que la principal organización antifascista de España en los años 60 era ETA, que el sindicato LAB nació como una organización asamblearia en contraposición a las burocratizadas centrales sindicales españolas o que la droga fue usada como una herramienta contrarrevolucionaria (pp. 74, 99-100, 114-115 y 126).

Sin embargo la investigación tiene límites importantes. El más evidente es la total ausencia de un análisis de la violencia ejercida por ETA durante toda su trayectoria, una cuestión que el propio Buckley reconoce que ni siquiera se abordó en las entrevistas dados los problemas que podía ocasionar a la conversación. Es un notorio ejercicio de honradez reconocer los motivos de tal limitación, pero un asunto como este, total y absolutamente central en la vida la organización, debe ser abordado sin remisión. Para la Historia oral, tal y como el propio autor señala, los silencios dicen tanto como las palabras y las preguntas acerca de los atentados y las acciones armadas son una buena ocasión para someter a juicio tal afirmación, sobre todo porque en otros momentos esos silencios sí son interpretados. No obstante, más allá de las entrevistas, la

bibliografía, prensa u otro tipo de fuentes podían haber suplido las carencias de los testimonios orales recopilados.

A este respecto el análisis de otras tendencias dentro de ETA, como la rama político-militar —ausente en los testimonios— podían haber ofrecido una mayor facilidad para abordar esta cuestión. Lo mismo podría decirse de las víctimas del terrorismo, las grandes ausentes del texto. Aunque el objeto de la investigación es otro, el prisma de un colectivo tan estrechamente relacionado con las consecuencias de la actividad armada hubiera sido muy útil para ofrecer claves al respecto.

Aun con esta importante laguna el mayor problema de la obra estriba en la aplicación de sus postulados teóricos, cuyos problemas y limitaciones se van haciendo patentes a medida que avanza el texto, lastrando el resultado final. La historia de las emociones tiene evidentes utilidades para explicar muchos comportamientos y decisiones trascendentes, tanto individuales como colectivos, que de otra manera quedarían al margen del análisis histórico. Para desgracia de la Historia, en no pocas ocasiones son estas emociones y sus relatos los que construyen discursos históricos muy extendidos, pero esto no es excusa para no tratar de analizar y *objetivizar* los resultados de estas emociones mediante la construcción de patrones y sus discordancias, una cuestión en la que el autor falla, entre otras cosas por la escasa cantidad de entrevistas —seis— y por la falta de un juicio crítico sobre las emociones expresadas. No someter las fuentes orales y sus emociones a crítica deja al análisis social indefenso ante cualquier tipo de relato, negando por tanto la propia posibilidad de análisis.

El término emocional está asimismo sobredimensionado: «poder emocional», «desencantamiento emocional», «triumfo moral», «experiencia emotiva»... se repiten

con profusión y en detrimento de cualquier análisis material de las situaciones descritas. Este enfoque llega a su punto álgido cuando se define la muerte, a manos de los GAL, de dos compañeros de uno de los entrevistados como una «*experiencia emotiva*» (p.151). Dos atentados en los que el protagonista se vio involucrado de cerca pueden definirse de múltiples maneras, pero «*experiencia emotiva*» no parece el término más afortunado. Esta forma de afrontar la investigación da prioridad a las experiencias y emociones personales de los entrevistados, olvidándose de las experiencias y emociones colectivas, mucho más amplias. Además, tratar de constreñir la historia de ETA a las emociones de parte de sus militantes ofrece un resultado final limitado.

En el primer capítulo se afirma que «el mundo de los afectos hace referencia a las emociones como una construcción sociocultural y no tanto como experiencia individual» (p.42), lo cual se contrapone con la idea general que transmite el conjunto del texto, pero además contradice el volumen de fuentes orales consultadas, apenas seis. Esta escasez dificulta establecer construcciones socioculturales, buscar relatos discordantes, etc. Teniendo en cuenta que se reconoce que una de las entrevistas apenas duró 40 minutos, buscar más testimonios, aunque fueran extraídos de entrevistas y reportajes de prensa o televisión, hubiera sido muy necesario.

Algunas de las conclusiones extraídas a lo largo del libro son igualmente cuestionables, pudiendo destacar tres. En primer lugar se manifiesta que el texto puede ofrecer una perspectiva de género de la militancia en ETA por el hecho de haber entrevistado a una mujer. Aunque un solo testimonio no parece suficiente bagaje como para extraer conclusión alguna, Buckley determina que existen unos roles de género muy acentuados y relacionados con un papel secundario

y poco valorado de la mujer en ETA porque la entrevistada es una persona retraída, poco habladora y que considera que su experiencia no es digna de contar. Al margen de la consideración de que quizá se trataban de particularidades propias de la entrevistada, el hecho de que ésta *apenas* hubiera pasado cuatro años en la cárcel —cuando el resto de entrevistados, por ejemplo, habían estado más de veinte—, puede ofrecer alguna explicación al respecto de esta actitud.

Estas generalizaciones de circunstancias personales se repiten con los demás entrevistados, llegando al punto de afirmar que uno de ellos habla abiertamente de sus emociones —referidas a miedos de la militancia en clandestinidad y al impacto que produce ese tipo de vida— como consecuencia de que en una sociedad posmoderna las personas están más dispuestas a hablar de sus miedos. Sin embargo el hecho de que otros entrevistados no compartan esta actitud no le lleva a plantear la conclusión contraria

Por último el autor manifiesta la supuesta imposibilidad de establecer una narrativa más o menos objetiva cuando afirma que «pueden formarse tantas contranarrativas como militantes de ETA quedan aún por entrevistar» (p.222). Esta afirmación va en contra del sentido del propio libro, pues de

esta manera resultaría imposible abordar la «historia del conflicto vasco», sustituyendo ésta por una mera narrativa— seis en este caso—. Por tanto, algunos términos empleados, como «*comunidad emocional*», carecerían de significado y más aún, de sentido. Esta afirmación nos sitúa además en una *indefensión histórica*, ya que no sería posible conocer ni objetivar absolutamente en el terreno de la memoria, las experiencias y las emociones. Y eso no es cierto, como bien señala Buckley ningún militante de ETA quiere hablar de sus atentados, pero todos hablan de los GAL. Existen patrones claros y definidos.

En definitiva, se trata de un libro que abre un camino de investigación por el que se puede y debe seguir transitando, es sugerente y tiene algunas fortalezas interesantes, como analizar a ETA como la expresión de un movimiento social, la comprensión de las motivaciones de sus integrantes para participar de la lucha armada o el uso de las fuentes orales. Sin embargo la gran ausencia de la violencia terrorista, la excesiva *emocionalización* del texto, orillando los enfoques más críticos y racionales, y determinadas conclusiones, lastran el resultado final de la investigación, convirtiéndola en un trabajo necesario, pero limitado.



# nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Todos los números de Nuestra Historia están disponibles en [revistanuestrahistoria.com](http://revistanuestrahistoria.com)



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021

fundación de  
investigaciones  
marxistas



 transform!  
europe